

ciudades, Larisa, Thesalónica, Atenas, etc., y con esto gozó la Iglesia de paz algunos días.

17. En este intervalo murió el papa san Pio I en 150. Algunos martirologios le dan el título de mártir, sin que sepamos nada del género de su suplicio. El *Libro pontifical* nos dice que mandó hacer bautizar á los que viniesen á la fe dejando la herejía de los Judíos: *Constituit hæreticum venientem ex Judæorum hæresi suscipi et baptizari*. Por esta herejía de los Judíos es menester entender las sectas nacidas del judaismo y el error de los Judíos convertidos que permanecían aun apegados á las observancias legales, creyéndolas obligatorias é indispensables á la salvacion. Este decreto de san Pio I indica que habia sectas separadas de la unidad, en las cuales se habia conservado el bautismo, por manera que no era necesario renovarlo, cuando habia una conversion á la fe católica; y que habia otras en que estaba alterado sustancialmente, especialmente entre las herejías nacidas del judaismo. Tal era probablemente la de los Cerintianos. San Aniceto sucedió á san Pio I en el gobierno de la Iglesia (150).

CAPITULO VI.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN ANICETO (150-161).

1. Diferentes sectas gnósticas. — 2. Cuestión de la Pascua. — 3. Viaje de san Policarpo á Roma. — 4. Fundacion de las iglesias de Leon, Viena (en el Delfinado), Valencia (Delfinado), y Besanzon. — 5. San Hegeipo. — 6. Diálogo de san Justino con Trifon. — 7. Muerte del papa san Aniceto y del emperador Antonino.

§ II. PONTIFICADO DE SAN SOTERO (162-174).

8. Cuarta persecucion general bajo el emperador Marco Aurelio. — 9. Martirio de santa Felicitas y sus siete hijos en Roma. — 10. Carta de la iglesia de Esmirna á las iglesias de Asia. — 11. Martirio de san Policarpo, obispo de Esmirna. — 12. Celso el Filósofo. — 13. Lucha de Crescencio el Cínico contra san Justino. — 14. Segunda Apología de san Justino, dirigida al emperador Marco Aurelio. — 15. Martirio de san Justino y sus compañeros. — 16. Milagro de la Legion fulminante. — 17. Obispos y doctores ilustres bajo el pontificado de san Sotero. — 18. San Dionisio, obispo de Corinto; su carta á la Iglesia de Roma. — 19. Herejes. Taciano, cabeza de los Encratitas. — 20. Bardesano. — 21. Apeles, discípulo de Marcion. — 22. Montano, Priscila y Maximila. — 23. Muerte del papa san Sotero.

§ I. PONTIFICADO DE SAN ANICETO (150-161).

1. Destino es del error ir variando siempre, multiplicarse bajo mil formas diversas, y no poder reconstituirse jamás en la unidad, de la que se separó desde que se hubo separado de la verdad. El pontificado de san Aniceto vió una muchedumbre de sectas, vegetacion impura del gnosticismo, familia dividida contra su jefe, no teniendo de comun sino el odio y menosprecio á todos los dogmas católicos, y á los cristianos fieles á la doctrina de Cristo y á la enseñanza apostólica. Bastará nombrar estos sistemas absurdos salidos de la *gnosia* de Valentin, y tan secundarios que su mayor parte no pudo asegurar á sus autores la triste inmortalidad de los heresiarcas.

Desde luego los *Arcónticos* (de *αρχων*, príncipe), que atribuían la creacion del mundo á diversas potencias rivales. Desecha-

ban los sacramentos y se entregaban desenfrenadamente al vicio.

Los *Adamitas*, discípulos del impostor Pródico, que querían volver el mundo á la desnudez de Adán.

Los *Cainitas*, que por extraño trastorno de ideas tributaban culto á todos aquellos cuya impiedad y crímenes señala la sagrada Escritura.

Los *Antitactas* ó *Contrarios* seguían el mismo sistema: miraban á la divinidad como principio del mal, y sostenían en consecuencia que la virtud es digna de todos los castigos, y que el vicio lo era de todas las recompensas.

Los *Ofitas* se distinguían por su veneración á la serpiente, que miraban como autora de toda sabiduría en memoria de la serpiente que había seducido á la primera mujer en el Paraíso terrenal.

2. En tanto que dividían el gnosticismo estas absurdas imaginaciones en tantas partes como tenía doctores, la Iglesia se iba constituyendo mas y mas en la unidad de su disciplina. La cuestión del día en que había de celebrarse la Pascua comenzaba á agitarse en el Oriente y Occidente. Se había sustituido el domingo al sábado para las asambleas de los fieles desde el tiempo de los Apóstoles; sin embargo, por miramiento á los Judíos nuevamente convertidos, se había tolerado cierta observancia del sábado. La institución apostólica conducía naturalmente á transferir la celebración de la Pascua del día décimo-cuarto del mes *Nizan* al domingo siguiente inmediato. San Pedro estableció este uso en la Iglesia romana, que debía de ser el modelo de las demás iglesias, como su maestra y madre. No se quiso en un principio hacer general esta medida de disciplina. Las tradiciones y recuerdos de san Juan vivían aun en la persona de san Policarpo, su discípulo: las iglesias de Asia conservaron pues el uso que el Apóstol amado había introducido. Roma con su consumada prudencia creyó deber tolerar una divergencia de origen tan venerando, salvo á dictar con el tiempo las medidas que dictaren las circunstancias.

3. Es muy probable que este asunto motivó el viaje á Roma

del ilustre obispo de Esmirna, que deseaba conferenciar con el papa san Aniceto. Fué acogido aquel por este con todas las demostraciones de aprecio y veneración debidas al mérito y santidad de este ilustre discípulo de los Apóstoles. El Papa por otra parte juzgada muy importante persuadir á san Policarpo abandonara este uso antiguo, sabiendo muy bien que su ejemplo influiría poderosamente en los demás obispos del Asia. Sus antecesores habían trabajado con un celo lleno de prudencia en destruir poco á poco las observancias judaicas introducidas en la Iglesia por los Judíos convertidos: esfuerzos coronados de feliz éxito; y no quedaba mas punto á declarar de consuno que este. Sin embargo la autoridad de san Juan, el apego tan inviolable que conservaba san Policarpo á este su tan venerado maestro, pudieron mas en su espíritu que cuantas razones pudo darle san Aniceto. Este papa creyó, sin mas insistir, dejar las cosas en su pié antiguo, y aun tolerar en Roma mismo el uso antiguo para los Asiáticos que se hallaran en ella. Esta diversidad de opiniones en nada resfrió ni debilitó la concordia y armonía; y aun para honrar mas á su huésped, quiso san Aniceto que celebrase á su presencia en la Iglesia de Roma los sagrados misterios. La controversia de la Pascua no volvió á suscitarse sino hácia el fin de este siglo, bajo el pontificado de san Víctor. La permanencia de san Policarpo en Roma fué señalada por la conversión de un gran número de herejes que él atrajo á la unidad de la fe, ora por el inmenso poderío de su santidad, ora por su venerable vejez, ora por su celo y sabiduría. Había conversado este santo familiarmente en su juventud con los Apóstoles y discípulos del Señor. Penetrado de la doctrina de maestros tan abonados, lleno de su espíritu, cada vez que oía las blasfemias de algun novador, exclamaba con indignación: « ¡A qué tiempos me habeis reservado, Señor! » Conferenciando con los Marcionitas y Valentinianos, cuyos errores cundían mas á la sazón, protestaba en alta voz, que no había aprendido de la boca misma de los Apóstoles sino la doctrina católica. Su testimonio hizo grande impresión en muchos de entre ellos. Habiéndose encontrado un día con Marcion, osó

este preguntarle si le conocía. « Sí, te conozco, respondió san » Policarpo; te conozco por el primogénito de Satanás. » Se despidió en fin del soberano Pontífice, y ambos santos se separaron despues de haberse abrazado mutuamente y dado el ósculo de paz. No debían encontrarse ya sino en la patria celestial, á donde estaban destinados á subir por el mismo camino del martirio.

4. Se cree generalmente que remonta á esta época la fundacion de la iglesia de Leon: san Pothino, discípulo de san Policarpo, vino á predicar allí la fe y estableció una silla episcopal. Le sucedió san Ireneo. San Ferreol, san Ferrucion, y los santos Félix, Fortunato y Aquileo, sus discípulos, evangelizaron las ciudades de Besanzon, Viena y Valencia (del Delfinado).

5. San Hegesipo, de origen judío, habia pasado de la profesion del judaismo á la religion cristiana. Se fué igualmente á Roma bajo el pontificado de san Aniceto. A ejemplo de los antiguos sabios de la Grecia, que recorrían los países lejanos, Italia, Egipto y las provincias internadas en el Oriente para gozar de la conversacion de los hombres célebres de estas comarcas, Hegesipo habia emprendido un viaje á las ciudades cristianas para conferenciar con los santos obispos y doctores mas ilustres. Podia muy bien considerarse tal, porque Eusebio de Cesarea le coloca en el número de los defensores de la verdad, que la vengaron contra los ataques de la herejía en obras llenas de erudicion y elocuencia. Pero el término de su sabia peregrinacion y romería era Roma, centro de la religion, de donde salen y á donde se concentran como radios todas las iglesias del mundo. Aquí fué donde compuso una historia eclesiástica en que anota la sucesion de los Papas, desde san Pedro hasta san Aniceto. Esta preciosa obra, cuya pérdida no puede ser jamás bastante llorada, era, á lo que parece, el objeto y fruto de su viaje. Habia escrito sencilla y familiarmente para imitar hasta en el estilo á los santos cuyas virtudes escribia. Murió hácia el año 180, bajo el imperio de Cómodo, y la Iglesia ha escrito su nombre entre los de los santos sacerdotes cuya memoria celebra.

6. Al propio tiempo que san Hegesipo y san Policarpo se hallaban en Roma, san Justino emprendió un viaje al Asia. El manto de filósofo que llevaba le valió en Éfeso el encuentro con un judío llamado Trifon, que, echado de Jerusalem por los acontecimientos de la última guerra, bajo Adriano, se habia retirado á la Grecia, en donde vivia aplicado al estudio de la filosofia. Abrasado de celo por la salvacion de las almas, san Justino se esforzó en acarrearlo al conocimiento de la verdad, á la fe en Jesucristo. En varias conversaciones, durante dos dias enteros, se propuso probarle, en primer lugar, que la ley de Moisés estaba ya abolida « de hecho y de derecho; » 2º. probarle además la divinidad de Cristo, cuya encarnacion, vida, doctrina, muerte y resurreccion le expuso y explicó; 3º hacerle comprender la vocacion de las Gentes á la luz de la revelacion; y en fin la divina institucion de la Iglesia. La evidencia de sus razonamientos, la profundidad de su doctrina, la elocuencia de su palabra redujeron al silencio á Trifon, pero no pudieron convertirlo. Dios reservaba la inteligencia de las verdades del Evangelio á los corazones humildes y dóciles; y la rehusaba á los espíritus altaneros, envanecidos con las falsas luces de la filosofia. De vuelta á Roma, san Justino escribió el relato de sus conferencias con el judío helenista, segun la promesa que le habia hecho, como garantia de la sinceridad de sus palabras. Es notorio que los Hebreos no podían abandonar la esperanza de volver á ver, un dia, floreciente á Jerusalem como en tiempo de David y Salomon. Este sentimiento se habia extendido tambien á los cristianos por la autoridad de san Papias y otros milenarios: la Iglesia aun no los habia condenado, y por consiguiente era una opinion libre. San Justino parece haberla abrazado; porque al acabar su conferencia con Trifon, le dice que Jerusalem su patria seria restablecida un dia, y que los santos reinarian en ella con Cristo en toda su gloria y majestad. El judío no queria creer que tal fuese su verdadero pensamiento, imaginándose que usaba de este lenguaje para lisonjear sus esperanzas secretas y atraerlo así con mas seguridad á la doctrina del Evangelio. Ofendido de tal sospe-

cha, le replicó san Justino: « Yo no me reconozco tan degra-
 » dado que fuera capaz de hablar contra lo que pienso: no
 » soy solo yo de este sentimiento; hay muchos cristianos que,
 » como yo, lo miran cierto é indubitable. No puedo empero ni
 » debo ocultarte que hay muchos otros que son de contrario
 » parecer. Mas para convencerte que no llevo de modo alguno
 » la intencion de engañarte, yo iré reuniendo en un tratado
 » especial todas las pláticas que hemos tenido juntos, y profe-
 » saré este artículo públicamente, como ahora acabo de hacerlo
 » en tu presencia. » Y en efecto, el santo doctor se esfuerza en
 apoyar esta opinion con gran número de textos de la sagrada
 Escritura, entre los cuales cita particularmente el Apocalipsis.
 Algunos novadores han abusado de este incidente para atacar
 la autoridad de la tradicion; mas la buena fe con que san Jus-
 tino nos enseña que esta doctrina estaba muy lejos de ser uni-
 versal en la Iglesia, basta para probarnos que solo era desde
 entonces mismo una opinion privada de algunos particulares,
 y no uno de esos dogmas transmitidos en la catolicidad por el
 canal de las tradiciones apostólicas.

7. Habia muerto Antonino en 161 despues de un reinado de
 veintidos años. Marco Aurelio el Filósofo, su hijo adoptivo, se
 apresuró á declararlo un dios, y posesionarse inmediatamente
 de la herencia que le dejaba en la tierra. Muy á su pesar se
 vió obligado á partirla con Lucio Vero, su hermano adoptivo,
 señalado por la voluntad del difunto emperador como su có-
 lega en el imperio; pero se desembarzó de él pocos años des-
 pues con el veneno. El universo estaba dispuesto á bendecir
 este envenenamiento, porque en la corta duracion de su poder,
 Lucio Vero se mostró, por sus crueldades y vida licenciosa,
 digno émulo de Tiberio y Neron.

En el mismo año de 161, otro príncipe cuya potencia conti-
 nuaba creciendo al lado del palacio de los Césares, moria re-
 vestido de la gloriosa púrpura del martirio. El papa san Ani-
 ceto marcó, con su muerte, la transicion del reinado pacífico
 de Antonino á la cuarta persecucion general, promovida en el
 imperio por Marco Aurelio. El *Libro pontifical* nos enseña que

Aniceto prohibió á los clérigos dejar crecer sus cabellos, con-
 forme al precepto del Apóstol. Es menester entender, sin em-
 bargo, esta prohibicion de la tonsura clerical, cuya institucion
 sube hasta los tiempos apostólicos, como lo prueba este pasaje.
 Despues de una vacante de algunos meses, fué llamado á su-
 cederle san Sotero en la silla de san Pedro, y á llevar el timon
 de la Iglesia durante la borrasca que iba á levantarse contra
 ella (año 162).

§ II. PONTIFICADO DE SAN SOTERO (162-174).

8. Marco Aurelio, al subir al trono imperial, dió muestras de
 virtudes privadas eminentes de que nos ha legado la historia
 un honroso recuerdo; pero su amor por la filosofía le hizo in-
 justo para con los cristianos. Partidario de la escuela estóica,
 no podia serlo de la de Cristo, mas por rivalidad de secta, en
 su opinion, que por conviccion razonada. « Es menester,
 » decia en una de sus máximas, estar pronto á morir en virtud
 » de un juicio que nos sea propio, mas no por espíritu de obs-
 » tinacion como los cristianos. » A pesar de la energía de
 alma de que hace gala en sus sentencias, se muestra el idó-
 latra mas supersticioso. A punto de salir á una expedicion á
 la Germania, hizo durante siete dias un banquete solemne á
 los dioses para hacérselos propicios: mesas suntuosas estaban
 preparadas en los templos; se servian los mas exquisitos man-
 jares á sus ídolos de madera, piedra y metal, que estaban re-
 costados en ricas almohadas. Sacrificó tantos bueyes blancos
 para esta ridícula ceremonia, que se vió circular despues este
 epigrama: « Los bueyes blancos al emperador Marco Aurelio:
 » Si vuelves vencedor, somos perdidos. » Desde los primeros
 años de su reinado dirigió á los gobernadores del imperio el
 decreto siguiente, que fué la señal de la cuarta persecucion
 general contra la Iglesia:

« El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores
 » y oficiales: Hemos sabido que los que en nuestros dias se
 » llaman cristianos quebrantan impunemente las leyes del im-